

Leg 9

cuaderno 1

~~no 30~~

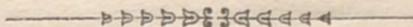
Seneca.

745

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0745

Mo de 1858

SÁNDICA



DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL PRESBITERO

D. PEDRO ROMERO Y DIAZ,

LICENCIADO

Y CATEDRÁTICO DE LITERATURA CLÁSICA EN LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA

EN EL ACTO

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR EN LA FACULTAD DE
FILOSOFIA, SECCION DE LITERATURA.



MADRID:

IMPRENTA Y FUNDICION DE D. EUSEBIO AGUADO.—PONTEJOS, 8.

1858.

UVA. BNSC. LEG. 09-1 n°0745



HTCA

U/Bc LEG 9-1 n°745



1>0 0 0 0 2 9 4 3 7 5

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0745

Excuso. é Ilmo. Sr.

SI la crítica hubiese guiado sus investigaciones al detenido examen de las obras que han llegado hasta nosotros de la venerable antigüedad; si con presencia de estas hubiese procedido á la clasificacion de los autores por el orden riguroso que les corresponde segun su mérito; si hubiera dedicado sus vigilias á facilitar el conocimiento de los bellos pasages que se ocultan en los clásicos, y á decirnos en qué se funda su belleza; si, por último, se hubiese propuesto separar lo fútil de lo sólido, lo afectado de lo natural, lo ampuloso de lo sublime, y explicar la grande influencia que tiene en las almas generosas la religion, la patria, el honor y la justicia, satisfechas estarian entre nosotros las nece

sidades literarias, generalizado el buen gusto, reconocida la importancia, y apreciado el mérito de los que en la república de las letras se distinguen con el nombre de clásicos. Pero como no siempre los juicios de la crítica llevan el sello de la equidad y justicia; como mas de una vez la rutina, la pasión y la ignorancia, vestidas con el severo traje de la ciencia, han contribuido á corromper el buen gusto, oscurecer los nombres mas ilustres y vilipendiar las reputaciones mas bien fundadas, el resultado inmediato de estas aberraciones ha sido el que los amantes de la verdad miren con cierta prevención á la crítica, y se pregunte no sin alguna sorpresa: *Séneca ¿ha sido juzgado con rectitud? ¿Merece el nombre de filósofo y poeta?* Y decimos que se pregunta no sin alguna sorpresa, porque algunos críticos modernos, sin consultar á los escritores contemporáneos ni examinar las obras de este autor profundo, arrastrados únicamente por la relacion inexacta de un historiador griego citado por otro griego (Xiphilino refiriéndose á Dion Cassio) se han atrevido á denegarle estos honrosos títulos. Yo me lisonjeo, Señores, de merecer vuestra indulgencia, si haciendo objeto del presente discurso al ilustre patricio, al profundo político, al español eminente que dió sus primeros vajidos en el risueño pais de la Bética, consigo rehabilitar su memoria, dando á conocer el espíritu

de sus obras, y el indisputable derecho que le asiste á los honrosos títulos que tan injustamente se le han querido poner en duda.

Sensible debe ser para nosotros la pérdida de una gran parte de sus obras: nada nos queda de sus diálogos morales, citados por S. Agustín en el libro sexto *De Civitate Dei*; nada de sus exhortaciones, citadas por S. Gerónimo y Lactancio; nada de sus importantes tratados de Astronomía y Cosmogonía; nada de las descripciones geográficas de la India y Egipto, ni de los inmundos sacrificios que practicaba esta nacion: el tiempo sin embargo no ha sido tan avaro de sus escritos que no nos haya conservado los mas importantes, en los cuales se puede conocer á fondo este genio universal. Los tres libros de la Ira, donde nos describe los indicios de esta pasion desastrosa y sus terribles efectos, con los remedios que sirven para neutralizarlos; sus tratados de Consolacion á su madre Helvia; los dos sobre el mismo asunto á Polibio y á Marcia; el libro sobre la Providencia, dedicado á su amigo Lucilio; los opúsculos sobre la tranquilidad del alma; los tres libros sobre la Clemencia, llenos de escelentes máximas de buen gobierno, dedicados al emperador Neron; los pequeños tratados sobre la brevedad de la vida; los siete libros sobre los beneficios; los otros siete sobre historia natural; las ciento veinticuatro cartas remitidas á Lu-

cilio, objeto cada una de ellas de algun punto interesante de filosofía, son otros tantos monumentos que hablan en favor del ilustre heredero de las escuelas de la Grecia. En todas estas composiciones se descubre mucha imaginacion, grande ingenio y escelente juicio, perfeccionado por el estudio de las ciencias físicas y morales. Séneca habia sido el juguete de la fortuna; la gloria que desde sus primeros años le adquirieron sus triunfos literarios dió celos á Calígula, y fue causa de que le desterrase, bajo pretestos calumniosos, á la isla de Córcega. De allí fue llamado á los diez años para que se encargase de la educacion del joven Neron, y ser casi el árbitro de los destinos del pueblo romano. Estas alternativas, su trato íntimo con la corte y con los grandes le proporcionaron examinar uno por uno los senos mas ocultos del corazon humano, y dar á sus composiciones un interés filosófico que se buscaria en vano en otros escritores. No se crea, sin embargo, que la filosofía de Séneca forma un sistema completo, uno de aquellos que se anuncian con términos pomposos y exclusivos, cual si fuese la obra del genio á donde sea preciso acudir para resolver toda clase de problemas morales y metafísicos. Solo en un sentido muy lato podria dársele el nombre de sistema. La filosofía de Séneca es la que nace del sentido comun; es la razon siempre en éjercicio, que trata de reconocer la verdad

alejándose del error: entonces le parece encontrarla cuando sus opiniones están de acuerdo con las del género humano. Los principios de esta filosofía son los fundamentos en que reposa la vida moral y social. Para demostrar la existencia de Dios, la naturaleza del hombre y la constitucion del universo, recoge las opiniones mas aceptables que se hallaban esparcidas en los diversos sistemas de la Grecia. Todos le fueron familiares: el idealismo de Platon, la lógica y metafísica de Aristóteles, las doctrinas del Pórtico, los átomos de Epicuro, los dogmas y delirios de Pitágoras, la duda universal de la Academia, de todo se aprovechó para formar su filosofía ecléctica. En no pocos lugares de sus obras deja hablar á estos mismos filósofos; no les prejuzga, respeta sus opiniones; se contenta con esponerlos, y explicar sus mas recónditos misterios; reserva á sus lectores el placer de graduar el valor intrínseco de sus dogmas. Pero en resumen nada ha ganado Séneca con esta conducta sábia y tolerante. Los críticos poco reflexivos y descontentadizos le han creido sectario del sistema negativo de la Academia, de las extravagancias de Epicuro, del ateismo de Diágoras, del desenfado de los cínicos y del panteismo de la escuela eleática: en fin, no hay pecado de que no haya sido declarado reo, no hay absurdo de que no se le suponga fautor y patrono. Sin embargo, á diferencia de los filósofos, que

decían una cosa y sentían otra, que meditando en el retiro de sus gabinetes escribían de un modo y vivían de otro muy diferente, Séneca aparece siempre activo y práctico; acumula en todos sus tratados máximas oportunas para corregir y ennoblecer nuestro carácter, para afirmar el imperio de la razón sobre las pasiones; enseña la templanza en la prosperidad y la fortaleza en los infortunios. Si los sentimientos nobles expresados con el calor de una alma conmovida fuesen suficientes para regenerar la moral social, las obras de Séneca hubieran conducido á los hombres á este resultado. Grave y elevado lo es sin segundo en la enunciación de los dogmas de su moral práctica. Allí es donde Séneca triunfa, y se manifiesta digno del nombre de filósofo. Sócrates se hubiera felicitado reconociendo en este español al hijo y al discípulo. Ni la Grecia ni Roma tuvieron jamás alguno que hablase con más energía de los deberes del hombre para con la Divinidad, para con sus semejantes y para consigo mismo. Agrada mucho esta filosofía, que aconseja al hombre alargar la mano al náufrago, encaminar al pasajero extraviado, y dividir el pan con el que vemos perecer víctima del hambre. Escluye al dios ciego é imbécil de los estóicos, desconoce al que fulmina rayos desde el Olimpo y corrompe á la muger ajena, pero afirma la existencia de un Dios solo, incorpóreo, independiente,

necesario, que antes de hacer el mundo lo pensó, que es el Criador de todo, que quiere ser amado porque nos ama. «Nosotros, añade, somos socios y miembros de esta Divinidad, que hace su morada ordinaria en el corazón del hombre virtuoso.» Habiendo recibido una educación romana, supo sin embargo compadecer al hombre que arrojaban á las fieras y á los hierros del anfiteatro; supo hacer extensivos á toda la familia del género humano aquellos derechos que hasta su época se consideraban como propiedad de los ciudadanos. «El espíritu divino, decía, pertenece por igual al caballero y al esclavo: esclavos, libertos, caballeros, son palabras inventadas por el orgullo y el desprecio; la virtud no excluye á ninguno; todos son nobles, porque todos descienden de Dios. Si en tu genealogía hay algún grado oscuro pasa mas adelante, sube más, y encontrarás la nobleza mas ilustre, porque llegando al origen, todos se encuentran hijos de Dios. No les llameis esclavos, sino hombres comensales, amigos menos nobles y compañeros de esclavitud, porque la fortuna tiene sobre nosotros los mismos derechos que sobre ellos. El que tú llamas esclavo, procede del mismo tronco que tú; consúltalo, admítelo á tus conversaciones y mesa, no seas para él causa constante de temor; bástele lo que creemos que le basta á la Divinidad, *amor y respeto.*»

No es menos elocuente y profundo en el tratado de los Beneficios, cuando despues de recomendar que debe callarse el beneficio hecho, añade: «Y qué, ¿no sabrá el que lo recibe quién se lo ha hecho? Que no lo sepa, si esto es tambien parte del beneficio, y practique en su obsequio tantas otras cosas, y hágale tantos favores, que venga á comprender al fin quién ha sido el autor del primero. Y aun cuando no sepa el que ha recibido, yo sabré que he dado. Pero tú dirás: eso es poco; poco, si pensaste emplear con usura; pero si tratas de dar de la manera que sea mas util al que recibe, quedarás contento con tu propio testimonio. En el caso contrario, no es el hacer bien lo que te agrada, sino el que otros vean que tú lo haces. Pero replicas diciendo: quiero que lo sepa; entonces lo que buscas es un deudor. ¡Quiero que lo sepa! ¿Y si le fuera mas util, mas decoroso y mas agradable no saberlo? ¡Quiero que lo sepa! Luego no salvarias á un hombre en las tinieblas. Yo convengo en que cuando la cosa lo merezca se disfrute de la gratitud del favorecido; pero si este tiene necesidad y vergüenza de ser socorrido; si lo que hacemos ofende cuando no se hace de oculto, no cuento el beneficio como tal. Pero ¿y qué? ¿Le indicaré haberle favorecido, siendo uno de los primeros preceptos el no echarlo en rostro, ni tampoco el advertirlo? Tales deberes impone recíprocamente el beneficio, que el uno

olvide al instante el hecho, y el otro jamás aparte de su memoria lo recibido.»

Nada mas fácil que multiplicar trozos semejantes á los que se acaban de citar, pero nada mas innecesario. Increíble parece, Excmo. Señor, que unas máximas tan en armonía con la moral cristiana hayan sido concebidas y espresadas de una manera tan enérgica por un filósofo gentil; ellas nos dan una idea de la altura á donde hubiera llegado este portentoso genio si hubiese sido guiado por la antorcha de la revelacion; y nada tiene de extraño que algunos escritores eclesiásticos, en vista de doctrina tan sólida, le hayan supuesto cristiano, y en relaciones íntimas con el Apostol de las gentes. Sea de esto lo que quiera, debe llamar la atencion la gran libertad que usó en sus escritos reprendiendo á los viciosos romanos, que tanto habian degenerado del caracter de sus mayores.

Pero no se limitaron los trabajos de Séneca á los estudios de la moral; escribió tambien de la física en sus libros titulados *Cuestiones naturales*, donde se encuentra indicado el aumento que por refraccion producen á la vista los globos de vidrio, y la que producen los espejos por reflexion; los colores del iris formados artificialmente con un vidrio prismático; la disminucion del calor en las regiones elevadas de la atmósfera; la formacion de islas por la accion de los

volcanes; el diferente color de las estrellas, de los planetas y de los cometas; su diferente naturaleza; la gravedad del aire y la frialdad producida por la evaporacion; las causas probables de los terremotos, fuegos subterráneos, y de las fuentes perennes. Estas sábias disertaciones no tendrán mérito en el dia, pero téngase entendido que han servido de testo por espacio de quince siglos en todo el Occidente á los que querian formar alguna idea de estos curiosos fenómenos. Quede, pues, sentado que el ilustre hijo de Córdoba tiene bien merecido el nombre de filósofo, y no como quiera, sino el de los primeros filósofos; deduciéndose de aquí que la mayor parte de los críticos, que al darnos cuenta de las obras filosóficas de Séneca solo han descubierto en ellas falso brillo, audaces metáforas, orgullo, declamacion, frases oscuras llenas de vaguedad y de estudio, lo han examinado con el defectuoso prisma de la preocupacion, y le han hecho en su juicio notoria injusticia. Veamos si como poeta ha tenido mejor suerte.

Ha sido una verdadera calamidad para nuestro filósofo el acuerdo casi unánime de los críticos en reconocer como propias de Lucio Anneo Séneca las cuatro ó cinco principales tragedias de las diez que han llegado hasta nosotros pertenecientes al teatro latino. Mientras éstas conservaron el incógnito, en tanto que los criticos las consideraron enteramente huérfanas, las

leyeron y examinaron con cierta predilección compasiva: notaron sí en ellas aquellos defectos propios de la época en que se publicaron, pero al mismo tiempo aplaudieron sin reserva aquellos rasgos sublimes que el autor ó los autores pusieron en boca de sus protagonistas; aquellas situaciones patéticas que multiplican y aceleran los latidos del corazón; aquellas suspensiones angustiosas, que hacen al espectador concebir algún rayo de esperanza; que dilatan el vuelo de la fantasía sin traspasar los límites del sentido común: aquellas pinturas vivas y exactas hechas en dos ó tres versos, donde se retrata la vida real, el movimiento del corazón y la expresión de los caracteres. Pero llegó el día fatal y sonó la hora menguada en que se dijo: «Estas tragedias deben publicarse con el nombre de Séneca el filósofo, pues que sin género de duda el mayor número le pertenece.» ¡Cosa extraña! los mismos críticos que antes de conocer al autor habían encontrado en estos dramas muchas bellezas que aplaudir, en su segunda lectura solo descubrieron defectos. «Eso que llamais tragedias de Séneca, dijeron, podrán ser cualquier cosa menos tragedias; el verdadero nombre que les conviene es el de aglomeración de materiales hacinados á la casualidad los unos sobre los otros, ausencia completa del arte dramático, falta de plan en la composición, ningún orden en la exposición de los aconteci-

mientos, ningun enlace entre las escenas, las salidas y entradas de los actores inmotivadas, puesto el desenlace algunas veces en el primer acto, otras en el segundo, pero que no por eso constan de menos de cinco, arrastrándose los unos despues de los otros sin accion, sin movimiento, sin vida; pero lo que mas resalta en las dichas tragedias, añaden estos delicados críticos, son descripciones pesadas de localidades, de ceremonias religiosas y de personajes misteriosos. Son una palestra donde los autores defienden temas filosóficos, opuestos los unos á los otros como pertenecientes á diversas escuelas; donde niños, jóvenes y viejos, esclavos y señores, héroes y heroínas, dioses y diosas todos hablan con un lenguaje sentencioso, enfático, hinchado y altisonante, todos se parecen los unos á los otros, ó mas bien, todos se parecen á Séneca.» Tales son los reparos que los críticos suelen poner á las tragedias que llevan el nombre de Séneca. Lástima que tanta copia de erudicion y de ingenio no se halle apoyada en argumentos mas sólidos. No parece sino que los detractores de nuestro poeta se complacen en crear y suponer varios defectos que estuvieron muy lejos de la mente del autor. Tuvieran presente que las dichas tragedias no se compusieron para el teatro; que el poeta las escribió solamente para leerlas en presencia de una reunion de literatos, haciendo algun sacrificio á la

moda de su tiempo, y las hubieran juzgado de un modo mas favorable, las hubieran definido por lo que realmente eran: *Ensayos escolásticos y poéticos; sábias disertaciones puestas en forma dramática; discursos oratorios que llevaban por lema: DIFICULTAD VENCIDA, NO HAY IMPOSIBLES.*»

Estas tragedias reflejan con una exactitud admirable el gusto dominante de la época, que es el juez único, ó mas bien el tirano que priva de libertad á los ingenios y los somete á sus leyes caprichosas, y no siempre las mas justas. Epoca de improvisaciones, en la que se aspiraba, no al triunfo de la ciencia sino á que se admirase el ingenio del escritor. No es necesario estudiar estas composiciones; nos bastará leerlas para que aprendamos á conocer el arte con que el retórico deshace en pequeñísimas partes cada imagen, cómo analiza las diversas relaciones del pensamiento, y le presenta bajo todas sus fases. Créiase además entonces, que para merecer el nombre de poeta y ser colmado de aplausos era lo bastante combinar las palabras en forma de verso. Séneca, sin embargo, lo fué algo mas de lo que muchos han creído. Niéguesele si se quiere este mérito, pero es lo cierto que en casi todos sus dramas domina el color trágico, abundan escenas interesantes, y no faltan situaciones en las cuales la ilusion dramática es completa. Léanse sin preocupacion en la

Medea el acto primero y segundo; en la de Hipólito, la entrevista de este con su madre política Fedra; en las Troyanas, las escenas del acto tercero, donde Andrómaca oculta á su hijo en la tumba de su padre Hector para librarle de una muerte cierta, y la sagacidad de Ulises para hacerse dueño del secreto de la madre; y en la Tieste, aquella escena terrible, donde Atreo presenta á su hermano como prenda de reconciliacion la funesta copa que contiene la sangre de sus tiernos niños. Recuérdese tambien el *Medea superest* de la Medea; el *quod vivo* de Fedra; el *agnosco fratrem* de la Tieste, y otros muchos rasgos semejantes, de los que tanto uso y con tan buen efecto hace el teatro moderno, y dígasenos si al leerlos le ocurre á nadie el nombre de Séneca; si en todos esos pasages no se muestra el poeta á la altura de los grandes maestros de la tragedia griega, el único rival de Sófocles, Esquilo y Eurípides; si sus cuadros no son superiores á los de Shakespeare, tan aplaudido de los ingleses, y á los de Crevillon, oido con gusto por los franceses aun despues de haber escuchado á los inmortales genios de los Corneilles y Racines; y por último, si al través de aquellos actores de Séneca no se percibe la bravura española, el caracter indómito y pundonoroso de los hijos de la antigua Iberia.

Despues de lo que llevamos manifestado resalta

mas la injusticia con que Séneca ha sido juzgado por algunos de los críticos modernos, y se haria mas patente si les opusiéramos el honroso testimonio que Tácito consigna en el libro doce y trece de sus Anales, considerándole como hombre político; y las opiniones de Quintiliano, Lactancio, San Gerónimo, San Agustin, Tertuliano, Philon y Josefo, Boecio, Justo Lipsio, Nicolás Antonio, y otros muchos que sería difuso enumerar; en un todo honoríficas y favorables á su mérito como filósofo y poeta. Por no molestar mas la atencion de V. E. no reproduciré las palabras con que cada uno de estos autores se espresa en elogio de Séneca; basta una pequeña parte del que hace Quintiliano en el libro décimo de sus Instituciones oratorias. «Séneca, dice, fué hombre de grandes virtudes, de facil y fecundo ingenio, de continuo estudio, y de grandes conocimientos en las cosas, aun cuando en algunas fuese engañado alguna vez por aquellos mismos á quienes confiaba su investigacion. Cultivó casi todos los géneros de ciencia, y nos quedan como restos de su genio discursos, poemas, cartas y diálogos. Poco diligente en los argumentos filosóficos, no por eso fué censor menos severo de los vicios. Abundan en sus obras los sentimientos nobles, y no pocas reflexiones dignas de ser leidas para regla de las costumbres, si bien su estilo es algun tanto defectuoso, y desemejante de los mo-

aquellos mismos momentos en que se veía opacado
 por toda la grandeza romana. Yo me alivie a creer
 lo. Como quiera, los detractores del grande Homero no
 ignoraban que siete ciudades disputasen entre sí la
 gloria de haber dado a luz al padre de la liada y Odi-
 sea, y que las masas le tejieran una brillante corona.
 También nuestro Séneca, a despecho de la secreta en-
 vidia, conservará entre los siglos el rango elevado que
 le proporcionó el mérito de sus obras como filósofo y
 como poeta. — Ha dicho.



1811

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0745